

María del Carmen Feijoó

NUEVO PAÍS, NUEVA POBREZA

2. ¿Esto es pobreza como la de antes? ¿O es otra cosa?

En la vieja sociedad, el contingente de los pobres, estructuralmente reducido en su dimensión, se componía de personas que, carentes de lazos o relaciones familiares, eran una referencia precisa: el loco o el linyera del barrio o, a veces, el viejito solo, con rasgos de pobreza extrema, aunque sin el peso relativo que tiene actualmente. Por ello, se atendió con acciones puntuales de instituciones especiales, y con la ayuda vecinal y comunitaria. No es así ahora, no sólo a la luz de su incidencia cuantitativa sino a la luz de sus características cualitativas, su origen y su peso simbólico en la nueva sociedad; es mucho más que eso, a tal punto que, originada por un nuevo país, retroalimenta en un círculo vicioso la consolidación del mismo. El debate sobre su evolución en la década menemista ha dado lugar a grandes discusiones y ha generado una profusa literatura. Para dar sintéticamente un sentido de su tendencia, diremos que de la transición democrática a la fecha tiene una orientación dramáticamente ascendente, aunque ese crecimiento se caracteriza por dos momentos: la baja producida durante el primer quinquenio y su recuperación en el segundo de manera persistentemente firme. Pero probablemente con otro registro por parte de los actores sociales, quienes seguramente no organizan, como los sociólogos y los economistas, su percepción del mundo por quinquenios.

No se trata de eludir el recuento cuantitativo del crecimiento de la pobreza, rasgo central de la nueva estructura social y sobre el cual se puede encontrar información en el apéndice. Más bien, puede postularse que la legítima obsesión por su evolución esconde una situación preocupante: el hecho de pensar que su mera descripción cuantitativa nos permite entender qué le pasa a la gente, cuando, además de ella, lo que resulta hoy necesario es entender un proceso de reestructuración social que aunque ancla en su evolución cuantitativa va mucho más lejos que ella. Somos, así, en un sentido,

tributarios de un intento de comprensión de la sociedad que, tomando como modelo la vieja pobreza, la vieja sociedad, quiere iluminar la nueva a partir de la información estadística. Información estadística que, útil en sociedades estables, resulta insuficiente en sociedades que atraviesan, como la nuestra, un proceso de reconversión societal, tal como dice Pierre Rosanvallon en el epígrafe sobre el trabajo.

Porque un rasgo fundamental de esta sociedad reconvertida es la transformación de los sujetos, los escenarios y las prácticas que ya hemos descrito, sin que nuestra capacidad de comprensión de la complejidad del nuevo escenario opaco nos haya permitido generar nuevas denominaciones para los nuevos problemas, configuraciones y relaciones sociales. Así, el lenguaje para nombrar lo social muestra su resiliencia, ya que aún utilizamos categorías que en muchas oportunidades se tornan vacías. O porque el referente que nombran se ha extinguido —y vuelvo a la vieja referencia a la clase obrera entendida como trabajador industrial— o porque lo que ocurre en esos espacios tiene ya escasos vínculos de parentesco con lo que ocurría antes —y pienso en lo que queda del barrio y en las nuevas interacciones poco conocidas que en él tienen lugar—.

Frente al salto cuantitativo en los índices de pobreza, se ha afirmado correctamente que dicho término da poca cuenta de las transformaciones que tienen lugar en la realidad. Ciertamente, dice mucho hacia los individuos y poco hacia las relaciones. Ha habido, sin embargo, un esfuerzo que se remonta a fines de los años ochenta por captar las nuevas realidades que la pobreza implica. Y el éxito con que las formas de nombrarla circularon da cuenta de la utilidad del esfuerzo. Debido al surgimiento de una nueva configuración empírica, aparecieron nuevas formas de nombrar la pobreza, resultado del afinamiento de las herramientas conceptuales y metodológicas que la captaban: estructural o histórica, nuevos pobres, empobrecidos o —como lo hemos denominado— “gasoleros”, tuvieron el benéfico efecto de sustituir el obsoleto y etiquetador “marginales” o “marginados”, moneda corriente hasta ese momento, por otros inicialmente de mayor precisión pero que fueron perdiendo exactitud con el paso del tiempo. Estos términos recorrieron un extraordinario camino ante una opinión pública ávida por encontrar claves que la ayudaran a develar la opacidad de la estructura social. Y describieron bien un escenario que en los años ochenta estuvo dominado por los efectos de lo que se llamó “la década perdida”, que, en el caso argentino, a la reconversión social fruto de la persistente inflación sumó el impacto de su estallido en la hiperinflación. Los términos utilizados para definir la pobreza implicaban una lectura de los lugares previamente ocupados que no ponían en cuestión el modelo social: aún existía un margen de estabilidad e inserción social al cual referirse y un lugar predeterminado al que eventualmente se podía volver. Por eso, se suponía que las categorías implicaban movimientos potenciales de

uno a otro casillero. Indudablemente, éste ya no es el caso; en lugar de definir movimientos relativos a una estructura relativamente estable, parece más bien necesario encontrar formas de redefinir y, por lo tanto, de nombrar esa nueva estructura.

¿De dónde surge esta nueva estructura? De varios procesos convergentes, a saber: la reconversión del mundo del trabajo, la distribución regresiva del ingreso y el diseño de un nuevo modelo social caracterizado por la desigualdad, que se expresa en la heterogeneidad. La reconversión del mundo del trabajo implica la desaparición del mundo obrero tallerista-industrial, con foco en ocupaciones manuales; la aparición de formas de contratación inestables, de ocupaciones de baja calidad, la caída de salarios y, como consecuencia de ello, la reconversión de la legislación laboral, que finalmente blanqueó las relaciones existentes de hecho en el mercado de trabajo. La introducción de nuevas tecnologías y el crecimiento del sector servicios también dio lugar al surgimiento de un nuevo tipo de ocupaciones igualmente asalariadas, como las antiguas, pero despojadas del componente manual o colocado éste en el contexto de nuevas formas de organización del trabajo que parecen convertirlas en “menos manuales”. Cabe preguntarse ¿cuánto menos manual es el trabajo del joven repositor del supermercado que el del peón de patio en la vieja industria o en el taller de baja complejidad tecnológica? Sin embargo, parece haber habido una reconversión del prestigio de las nuevas ocupaciones en el contexto de la nueva organización del trabajo, cuya nueva trama de relaciones parece neutralizar el perfil de las características del proceso de trabajo.

La distribución regresiva del ingreso opera generando dos compartimientos sociales y diferenciando las formas de vida de una manera mucho más profunda que las existentes en el viejo modelo. Se dice ahora que los ricos del Tercer Mundo viven mejor que los ricos del Primer Mundo. Y si antes en alguna medida esto también era así, probablemente lo que ocurre ahora es que en países del Tercer Mundo, como el nuestro, el superenriquecimiento de los ricos implicó un superempobrecimiento de los pobres, generando diferenciales de concentración del ingreso que antes no teníamos. En el interior del mundo popular, la distribución regresiva del ingreso produjo un incremento de los contingentes absoluto y relativo del número de pobres así como de la intensidad y cronicidad de su pobreza, lo que implica la ruptura de la homogeneidad del mundo popular, y crecientes niveles de desigualdad en su interior: a la desigualdad del conjunto de la estructura social se suma ahora el incremento de la desigualdad dentro de los contingentes que pertenecen al universo popular. Hay, adicionalmente, nuevos elementos que tensionan este rediseño: entre ellos, los medios de comunicación de masas, que se constituyen en una vidriera gigante para ver cómo viven los otros, poniendo así un grado de exposición de formas de vida que, antes, se remitían a los espacios privados de

los ricos, y los —pese a todo— crecientes niveles educativos de la población. Se dirá que no son los auténticamente ricos los que se exhiben en los medios y tal vez sea cierto, pero ellos muestran a un sector vinculado con la farándula, con formas degradadas de la política, el mundo deportivo, cuya exhibición va constituyendo modelos de aspiración de amplios sectores, es decir, niveles de aspiraciones crecientes y decrecientes probabilidades de satisfacerlos, con la implantación subliminal de la legitimidad de modelos de ascenso social sin reglas.

La educación merece un párrafo aparte: aunque la pobreza aumenta, mejoran también algunas características referidas a las condiciones personales de los pobres, entre otras, lo que ahora se denomina “capital humano” y que antes llamábamos nivel educativo, que ha ascendido pese a las condiciones socioeconómicas del país y que opera incrementando su capital cultural y simbólico, así como ensanchando su horizonte de demandas y expectativas. Como resultado de ello se configura un universo de sujetos que son pobres y que públicamente no lo parecen, más allá de las secuelas físicas que la pobreza deja en la presentación del yo, como resultado de la falta permanente de acceso a mejores condiciones de vida y de salud. Condiciones que, en un sentido, nos retrotraen a una de las pérdidas intangibles implicadas en el cambio de modelo, la pérdida del dominio de la variable tiempo, ya que, en este cambio, las velocidades se aceleran y los sujetos que ya no lo dominan comienzan a ser viejos más temprano que antes porque sus proyectos de vida carecen de tiempos potenciales para su concreción.

Si a fines de los años ochenta la pobreza se podía definir como desplazamiento entre lugares sociales prefijados —estratos—, hoy la pobreza se caracteriza por la creación de un contingente de sujetos que, más que estar desplazados de los lugares, rotan alrededor de nuevos lugares en proceso permanente de reconversión, que desplaza a los sujetos de los lugares en que estaban y a los que seguramente ya no retornan. Así, si ser pobre estructural o empobrecido era una característica de cierta estabilidad temporal, lo que predomina hoy en la pertenencia a cualquier estrato es la fugacidad. Esa fugacidad de inserción la reconocemos hoy en todas nuestras interacciones sociales, en la incertidumbre del trato con aquellos que hoy están bien y mañana estarán mal o, aun, con aquellos que como ya dijimos con paradójica sorpresa son pobres aunque trabajen, como consecuencia del desplome de las remuneraciones de asalariados, cuentapropistas o profesionales. Otra expresión de la expropiación del tiempo histórico en la vida de los sujetos. No queda sino vivir el hoy de la manera en que ese tiempo es marcado por la peculiar combinación que caracteriza el día a día.

En fin, nos encontramos ante un escenario en el cual las expectativas de los sujetos suben por un ascensor y las

probabilidades objetivas de satisfacerlas se anclan en una duna en la que los pasos que dan no sólo no garantizan subir sino que apenas permiten consolidarse de manera definitiva en el nuevo nivel alcanzado. Se quiebra así la fórmula en la que se consolidó el imaginario al que nos hemos referido en la primera sección, una forma de entender la sociedad y un mecanismo de memoria histórica que perpetuó dicha construcción. Esa memoria se ha roto y queda sólo como patrimonio de los grupos de más edad que, aunque descreídos de las oportunidades que brinda la nueva sociedad, tienen un pasado dorado al que referirse para identificar lo que ahora les falta. No es ésta la situación de los jóvenes, para quienes ese relato es como la descripción de un animal prehistórico: tal vez haya existido, porque quedan restos óseos, pero ¿cómo imaginarlo en su vida plena? Para ellos, además, socializados en el contexto del apogeo neoliberal, el modelo de desplazamiento es el de los actores atomizados del mercado, cuya búsqueda por mejorar puede orientarse sólo por los valores de su interés personal, en un modelo que se legitima por los resultados y no por los caminos elegidos.